

El perfil del animador profesional y voluntario. Análisis de contenido

Fernando López Noguero

Universidad de Huelva

Resumen

El presente artículo hace un repaso de la trayectoria progresivamente profesionalizada que ha tenido el animador sociocultural en España y Europa en las últimas décadas. De igual forma, el autor confronta la realidad profesional y voluntaria de este agente de cambio social. Por último se analiza la opinión de diferentes autores reconocidos en la materia acerca de la conveniencia, o no, de los animadores voluntarios y/o profesionales; de la importancia que tiene, en la ejecutoria de su intervención, la actitud frente a la cualificación, etc.

Palabras clave: animación sociocultural, profesiografía de la animación sociocultural, animadores voluntarios, competencia profesional, perfil del animador.

Abstract

This paper reviews the progressive professional development of the socio-cultural organiser in Spain and Europe, in the last decades. Similarly, the author compares the professional and voluntary reality of this agent of social change. Finally, it is analyzed the views of different accepted authors on the subject, about the advisability –or not– of the voluntary and/or professional sociocultural organisers; about the importance of the attitude to the skill in the action.

Keywords: Sociocultural activity, Professionalism of sociocultural activity, Voluntary organisers, Professional ability, Profile of sociocultural organisers.

1. El animador sociocultural: ¿un profesional?

Una de las cuestiones más debatidas de la animación sociocultural en la actualidad, es la que se plantea a partir de la dialéctica que se establece al tratar de discernir el componente profesional o voluntario que podría definir lo característico de la figura del animador.

No obstante, hace algunos años esta polémica no tenía mucho sentido. En efecto, en las décadas de los 70 y de los 80 tan sólo podíamos hacer referencia a la existencia de animadores voluntarios, que tenían su origen principalmente en el ámbito religioso (cristianos de base, acciones surgidas al amparo de parroquias, etc.) y asociativo (movimientos vecinales, etc.).

Sin embargo, con el paso de los años, esta dinámica ha ido cambiando. De hecho, hemos ido comprobando cómo ha ido emergiendo poderosamente el concepto del animador profesional que trabaja para entidades públicas (ayuntamientos, diputaciones, etc.) o privadas (asociaciones, empresas de animación, etc.), apareciendo un nuevo perfil de animador.

Esta situación irá en aumento ya que, en años venideros, observaremos un sensible incremento de animadores profesionales que ocuparán diferentes roles según los distintos ámbitos donde se encuentren desarrollando su labor (juventud, tercera edad, asociacionismo, marginación, ocio y tiempo libre, etc.).

Ha sido a partir de esta realidad cuando se han vertido opiniones muy diversas, tanto a favor como en contra, de la profesionalización del animador sociocultural.

Sin embargo, la expansión de la animación sociocultural, tanto en España como en Europa, junto al fenómeno de la contratación de muchas personas como animadores socioculturales, está provocando un estado de opinión que exige una definición más clara de esta figura (Salas, 1989: 204).

En las próximas páginas observaremos el cariz que toman todas estas corrientes en defensa de sus ideas. Sin embargo, podemos adelantar en esta introducción nuestra propia síntesis. Tras ponderar los argumentos de todos los autores y desde una postura desapasionada, somos de la opinión de la pacífica coexistencia de ambas realidades: animador profesional y voluntario, ya que como Froufe (1990: 152) señala:

El trabajo social y su potenciación a través de la participación es una tarea donde nadie tiene la exclusiva ni la receta mágica oculta. Es tarea de toda la población, de la sociedad en sí y de las autoridades. Toda persona tiene cabida dentro de los proyectos de Animación Sociocultural. Los gremialismos, las competencias absurdas y los poseedores de todas las verdades sociales no tienen sentido en una sociedad abierta a todos los mundos posibles y futuros.

2. La dialéctica animador profesional/animador voluntario

Como hemos señalado anteriormente, en los orígenes de la animación sociocultural, el animador era exclusivamente voluntario. Esta figura continúa en nuestros días; de hecho, multitud de animadores realizan en la actualidad actividades de animación sociocultural de una manera altruista.

Sin embargo, esta tendencia se ha ido invirtiendo, hasta comprobar como

cada vez más personas se dedican profesionalmente a esta tarea.

Ante esta situación, muchos autores se formulan la siguiente interrogante ¿quién debería recibir realmente el nombre de animador sociocultural: el voluntario o el profesional?

Antes de continuar, creemos que debemos analizar las diferencias entre unos y otros:

- El animador profesional posee, o al menos debería poseer, una sólida preparación técnica o académica anterior al desempeño de su labor, lo que le confiere una alta cualificación, formación de la que suele carecer el animador benévolo.

En este sentido, más que una preparación previa, la formación característica del animador voluntario es aquella que se lleva a cabo en combinación con el trabajo de animación; esta actuación del día a día es lo que Quintana (1993) denomina «formación en alternancia».

Pese a los deseos de formación del animador benévolo, en muchas ocasiones la animación es una actividad no muy bien dominada por este segmento de animadores.

- El ámbito de trabajo del animador voluntario es, primordialmente, el asociativo, esfera que asume también el profesional, aunque éste último desarrolla habitualmente su actividad en la Administración (ayuntamientos, diputaciones, etc.).

Este aspecto es, a nuestro juicio, uno de los principales riesgos del animador profesional, el peligro de caer en una ejecutoria plena de burocratización y rutina propias de la Administración y

contrarias al espíritu de la animación sociocultural.

Las acciones del animador benévolo, por el contrario, generalmente rebosan dinamismo, participación y realismo, al vivir la animación «a pie de obra» y alentado por la militancia.

- Por otra parte, de los inconvenientes más notables del animador voluntario, destacamos la discontinuidad de sus acciones, al tener una dedicación a tiempo parcial y considerar que el animar es una actividad complementaria (recordemos que suele ejercer otra profesión).
- Estos obstáculos no suelen darse en el animador profesional, su dedicación en exclusiva le confiere una continuidad y una concentración de esfuerzos que se aprecia, sobre todo, a lo largo del tiempo.

Estos conceptos quedan resumidos en el cuadro que exponemos a continuación, comparando ambas figuras.

Cuadro 1. Animador profesional vs. animador voluntario

CARACTERÍSTICAS	ANIMADOR PROFESIONAL	ANIMADOR VOLUNTARIO
PREPARACIÓN TÉCNICA (ACADÉMICA)	Rigurosa	No rigurosa (es más usual <i>en alternancia</i>)
DEDICACIÓN	Tiempo completo	Tiempo parcial
PUEDA TRABAJAR EN LA ADMINISTRACIÓN	Sí	No
PUEDA TRABAJAR EN EL ÁMBITO ASOCIATIVO	Sí	Sí
SUELE EJERCER OTRA PROFESIÓN	No	Sí
CUALIFICACIÓN	Sí	Generalmente, no
CONTINUIDAD EN DESEMPEÑO DE LAS TAREAS	Sí	No

Fuente: QUINTANA (1993): *Ámbitos profesionales de la Animación*. Madrid: Narcea.

Como comentamos anteriormente, los animadores comenzaron como figuras totalmente voluntarias, provenientes, en su mayor parte, del ámbito asociativo, para ir ocupando paulatinamente posiciones profesionales, pero estas etapas en la evolución de la situación de los animadores quedan más especificadas en las siguientes fases propuestas por Monera (1986: 270).

- *Primera etapa*: llamada de los *benévolos o voluntarios*, sin ser denominados todavía animadores propiamente. Eran sujetos que dedicaban habitualmente parte de su tiempo a una labor de promoción social, cultural y educativa, sin percibir por ello remuneración alguna. Su trabajo se desarrollaba primordialmente en el ámbito de los movimientos asociativos, de juventud y educación popular.

- *Segunda etapa*: la animación sociocultural toma carta de naturaleza como una nueva función social. Por todo ello, *aparece la necesidad del profesional*, persona estable y avalada por su formación.
- *Tercera etapa*: en la que se aprecia un *aumento paulatino del profesional*, que va a la par con la elaboración progresiva de su *status*.
- *Cuarta etapa*: Valoración común de los profesionales y los benévolos, y reconocimiento de que ambos son necesarios y que su trabajo es complementario, así como su *actuación conjunta*, incluso diríamos que imprescindible.

Estas etapas quedan reflejadas en el siguiente cuadro:

Cuadro 2. Etapas en la evolución de la situación de los animadores socioculturales

PRIMERA ETAPA	Época de los benévolos o voluntarios
SEGUNDA ETAPA	Necesidad del profesional en animación
TERCERA ETAPA	Incremento del reconocimiento del profesional en animación
CUARTA ETAPA	Valoración común de los profesionales y los benévolos

Fuente: MONERA, M. L.(1986): «*Los animadores socioculturales: su personalidad y su tipología*», en QUINTANA, J.M. (Coord.): *Fundamentos de Animación Sociocultural*. Madrid: Narcea.

En el estudio de Parizet (1976) sobre los animadores voluntarios o benévolos, también denominados por Moecki animadores «idealistas» (Monera, 1986: 273), encontramos las siguientes características, referentes a diferentes aspectos, como el ejercicio de sus responsabilidades, su rol y su «status»:

- *Surol*: para muchos es un rol indiferenciado, pudiendo desempeñar diferentes trabajos administrativos, políticos, técnicos, educativos. Constituye una figura indefinida que da la sensación de «saber hacerlo todo», por lo que, en ocasiones, da muestras de incompetencia. Para otros se constriñe a un tipo concreto de tarea, reservando al benévolo las tareas de animación en el sentido de responsabilidad técnica de una actividad, o bien la tendencia a designar esencialmente al benévolo un rol político.

Así, desde el punto de vista de la tarea, se puede distinguir el animador benévolo no especializado, que acumula a veces todas las tareas, y el especializado que participa sólo en alguna de ellas.

- *Responsabilidades*: en este aspecto, la situación que puede darse oscila entre

los extremos de la horquilla que presentamos a continuación, pudiendo encontrar múltiples situaciones intermedias: por un lado el animador voluntario sobre el que recae toda la responsabilidad, es decir, quien toma las decisiones y dirige el grupo, la asociación, la institución etc. Por otro lado encontramos el animador voluntario que delega su responsabilidad en el profesional, y que está desposeído del poder.

- *Status*: dependiendo de los autores, el animador voluntario puede ser apreciado por algunos y desvalorizado por otros.
- *Animador benévolo valorizado*: sus defensores piensan que es el auténtico animador, ya que su trabajo es desinteresado e independiente. El animador profesional no tiene mérito de ninguna clase, ya que ejerce un oficio más; por el contrario, el benévolo encarna una cierta concepción de la democracia, ya que representa la capacidad potencial de oponerse a las diferentes formas de poder. Se trata de la figura del «animador militante» que proponen Pérez Serrano y Martín González (1992).
- *Animador benévolo desvalorizado*: se considera como un «profesional

con rebaja», es un animador con una serie de limitaciones y carencias, por ejemplo, que no se puede contar verdaderamente con él (debido a su

inestabilidad, su dedicación no muy definida, etc.) o que su prestigio es muy criticado, en razón de la función social vaga e incierta que desempeña.

Cuadro 3. Tipos de animadores voluntarios (características)

ASPECTO	A. VOLUNTARIO (VALORIZADO)	A. VOLUNTARIO (DESVALORIZADO)
CONSIDERACIÓN	Auténtico animador	Animador «con rebaja»
ASPECTO CLAVE DE DEFENSA	Encarna valores democráticos	Tiene muchas limitaciones
INDEPENDENCIA	Rasgo principal de esta figura	El animador debe ser profesional, con todo lo que significa trabajar «por encargo»
FUNCIÓN SOCIAL	Oposición a diferentes formas de poder	Muy indeterminada

Fuente: PARIZET, M.J. (1976): «*Bénévoles, professionnels et politique de l'animation*», en ADRAC, 28, 25-27.

En el estudio que Parizet realizó sobre los animadores voluntarios o benévolo, se llega a diferentes conclusiones, entre las que destacamos las siguientes:

- Existe una disminución de los animadores voluntarios en ciertos sectores, y un incremento en otros. Realmente lo que sucede es un *desplazamiento* de los animadores benévolo a los sectores de intervención social de más reciente creación, en detrimento de otros sectores más veteranos (asociaciones, Casas de Juventud...).
- Simultáneo a este fenómeno, aparecen otras concepciones del animador benévolo. Del animador militante «de toda la vida», muy implicado con su institución o movimiento, pasamos al animador mucho más técnico, poseedor efectivo de técnicas prácticas y pedagógicas cada vez más perfeccionadas.

- La situación de los animadores benévolo con referencia a los profesionales variará en función del trabajo que desempeñen. Así, pueden tener una posición superior, inferior o intermedia respecto a él.

En definitiva, y a modo de resumen, los animadores idealistas o voluntarios frente a los profesionales son, hoy por hoy, un aspecto de los más polémicos de la animación sociocultural, debido a tres grandes razones, coincidiendo con Monera (1986):

- El proceso paulatino de profesionalización de la animación sociocultural.
- La existencia de nuevas corrientes de la animación sociocultural.
- La existencia de concepciones de animación, de animador etc. muy contradictorias.

Tras adentrarnos en el análisis de estas dos figuras, a continuación estudiaremos las opiniones de diferentes autores en relación a este tema, para finalizar con nuestra propia síntesis.

3. La animación ¿una profesión?

La animación sociocultural es, al menos en nuestro país, una profesión relativamente reciente; por todo ello, su campo de acción no está completamente definido o, al menos, no lo está tanto como el de otras actividades.

Una clara muestra de esta indefinición la encontramos en la situación profesional de la animación en el norte de España donde, a partir de 1981, no antes, comienza a extenderse el concepto de animación sociocultural. A partir de esta génesis, serán las administraciones públicas autonómicas las que comiencen a considerar la «animación sociocultural» como un campo de intervención social, comenzando a convocarse plazas de animador de una manera ininterrumpida primordialmente en ámbitos municipales (Quintana, 1993: 165).

No obstante, esta avalancha de animadores socioculturales carecía de base: las funciones a desempeñar no estaban definidas, se articulaba un servicio sin sitio claro dentro de la estructura municipal; de igual manera, podemos colegir que no existía precisamente una formación específica ni un título a exigir a los candidatos.

Esta situación podría parecer tremendamente lejana, si pensamos que han pasado casi veinte años de todo ello. Sin embargo, nada más lejos de la realidad; de hecho, la tesitura planteada es la que

todavía perdura en la mayoría de ciudades españolas.

Sería conveniente también avanzar una cuestión no muy estudiada hasta la fecha, uno de los aspectos más destacables de la figura del animador, un factor clave para el posterior reconocimiento profesional de cualquier ocupación: el reconocimiento académico.

A finales de la década de los setenta, Maillo (1979: 34) nos señalaba los problemas del animador en nuestro país en cuanto a esta falta de reconocimiento académico: «Comencemos por otorgarle una característica negativa [a la figura del animador sociocultural]: el animador puede no ser un profesional titulado, al menos no lo es todavía en España...».

A pesar del tiempo transcurrido, aun quedan aspectos ¿profesionales? (no sólo académicos) del animador sociocultural que no están bien delimitados. Incluso, para complicar la cuestión, algunos autores han cuestionado que sea la de animador sociocultural una profesión en sí misma. Por poner un ejemplo, Poujol (1986: 7) afirma que «ser animador es mucho más una actitud dentro de una profesión que una profesión en sí».

Al hilo de todo lo comentado, somos de la opinión, coincidiendo con Quintana (1993: 167), que el ejercicio de la animación sociocultural puede adoptar matices muy diversos, no es unidireccional.

Esta característica se observa claramente en la dialéctica que estamos analizando, donde la función de animador puede desempeñarse, en la actualidad, de dos modalidades muy diferentes:

- Voluntariamente, sin retribución de ningún tipo. Son los ya denominados «animadores benévolos».

- Constituida profesionalmente, dando lugar, por tanto, a «animadores profesionales», con toda la problemática que acarrea: seguridad laboral, estatuto, deontología, etc.

Por su parte, Codina (1993: 47) nos aporta una opinión intermedia, ya que afirma que el animador es, a la vez, profesional y voluntario, aunque le da más importancia al aspecto profesional (cualificación, organización...) del animador. Es decir, el autor nos señala la «profesionalización militante» del animador sociocultural.

Según esta corriente, el animador tiene planificado y organizado profesionalmente su trabajo, para lo cual conoce técnicas y sabe utilizarlas, se enfrenta a los problemas y sabe resolverlos; sin embargo, inmediatamente después, señala que el «animador es un voluntario: no le importa trabajar a horas intempestivas; se implica personalmente en los proyectos y vive la realidad sobre la que trabaja».

A juicio de Ander-Egg (1987: 37), la animación sociocultural no es un oficio propio de una profesión en el sentido estricto de la palabra. Más bien se trata de una cualificación necesaria a muchas profesiones y extrapolable a muchas actividades. Abundando en este tema y según el mismo autor:

- La profesión de animador o de animación existe, tan sólo, en algunos países puntuales.
- Las actividades de animación son realizadas por personas dedicadas a estas tareas a partir de diferentes formaciones profesionales (trabajadores sociales, educadores, etc.).
- Por otra parte, también realizan tareas de animación, sin tener una remunera-

ción por su trabajo, animadores voluntarios o «benévolos», artistas o practicantes/ portadores, que no necesariamente están en posesión de un título profesional.

Parece ser que Ander-Egg se centra en el aspecto militante del animador sociocultural, que con estar mínimamente cualificado bastaría para llevar efectiva y completamente la animación sociocultural.

Sin embargo, y a nuestro juicio, existen razones para defender la profesionalización del animador sociocultural; la principal que se podría presentar sería que la animación sociocultural requiere, por parte de la persona que la lleva a cabo, una sólida preparación cultural y pedagógica, que no se consigue con una formación descafeinada o demasiado superficial, que habitualmente es la que poseen los animadores voluntarios.

No obstante, queremos hacer una llamada de atención hacia los riesgos que también puede correr esta idea. A causa de la ola denominada con la gráfica definición de «titulitis», esta metodología que es la animación podría caer en la burocratización, la pérdida de creatividad y libertad.

Llegados a este extremo de la reflexión, ¿debe ser el animador sociocultural solamente un profesional? En este último sentido, es curiosa la aparente contradicción que presenta Puig (1988: 33-36). Como ya señalamos en apartados anteriores, define en primer lugar la figura de animador sociocultural, donde nos afirma que puede ser una persona que «le apetece trabajar, en su tiempo desocupado o en su ocupación remunerada...», apostando por una figura provocadora de

cambios sociales, tanto profesional como voluntaria; sin embargo, más adelante, nos señala la auténtica cara profesional del animador:

Porque es una profesión. Una nueva profesión. Necesaria. Si optamos, socioculturalmente, por una ciudad dinámica. Significativa. Con tejido activo.

El animador necesita, pues, conocer métodos de análisis de la realidad, de selección de públicos objetivos, de sistemas de creación de proyectos, métodos de producción, gestión, evaluación, dirección de grupos... Se le pide oficio. No se le pide que sea un dios. Sólo un buen profesional....

Pérez Serrano y Martín González (1992) estiman la figura del animador como la de un agente de desarrollo, un dinamizador social que puede ser profesional o voluntario, pero, como hemos comentado en páginas anteriores, dán-

dole muy atinadamente una importancia trascendental al aspecto vocacional, de «militancia activa», de esta figura.

Evidentemente, el animador sociocultural debe formarse, mejorar su bagaje de conocimientos, su arsenal de técnicas etc., aunque no debemos olvidar que su actitud, su postura personal, de compromiso, de implicación en proyectos de cambio social, constituye un aspecto que da mucha trascendencia a esta ocupación (López Nogueru, 2001).

Esta es la opinión de diferentes autores referente a la conveniencia de la profesionalización o voluntariado del animador sociocultural. A continuación presentamos, por categorías y de manera sistemática, el desglose de conceptos:

Cuadro 4. Conveniencia de la existencia del animador profesional/voluntario (según autores)

AUTORES	VOLUNTARIO	PROFESIONAL
* POUJOL	☆☆☆☆	☆☆
* MONERA	☆☆☆☆	☆☆☆☆
* CODINA	☆☆	☆☆☆☆
* ANDER-EGG	☆☆☆☆	☆☆
* PUIG	☆☆	☆☆☆☆
* PÉREZ SERRANO	☆☆☆☆	☆☆☆☆

Claves:

☆☆: Estimado como figura necesaria

☆☆☆☆: Estimado como figura muy necesaria

Como podemos observar, todos los autores son partidarios, en mayor o menor medida, de la *existencia de ambas realidades*, sin que encontremos una tendencia claramente ganadora en la confrontación de todas las opiniones.

Sin embargo, sólo dos autoras de las estudiadas (Monera, 1986; y Pérez Serrano, 1992) estiman que ambas figuras poseen la misma importancia; el resto se decanta por una u otra opción a partes iguales, lo que nos evidencia la controversia existente en este tema.

Cuadro 5. ¿Que es más destacable de la figura del animador sociocultural?: cualificación o actitud (según autores)

AUTOR	CUALIFICACIÓN DEL ANIMADOR	ACTITUD DEL ANIMADOR
* POUJOL	—	☆☆☆☆
* MONERA	☆☆	—
* CODINA	☆☆☆☆	☆☆
* ANDER-EGG	☆☆☆☆	☆☆
* PUIG	☆☆☆☆	☆☆☆☆
* PÉREZ SERRANO	☆☆☆☆	☆☆☆☆

Claves:

☆☆: El autor lo estima como un factor importante

☆☆☆☆: El autor lo estima como un factor muy importante

—: El autor no contempla este factor

En este caso, por un estrecho margen, se considera la cualificación del animador sociocultural como el aspecto más importante de la figura del animador sociocultural. Tan sólo Puig (1988) y Pérez Serrano (1992) otorgan la misma importancia a la actitud y aptitud del animador, entendida como una ocupación que puede ser cubierta de manera profesional o voluntaria.

El resto de los autores otorgan más importancia a la cualificación del animador, como comentábamos anteriormente, por muy escaso margen. Curiosamente, Poujol no le concede excesiva importancia al aspecto señalado con más reiteración por los diversos autores: la capacitación del animador.

Por su parte, Monera (1986) obvia la actitud del animador, prefiriendo que el animador no se implique en demasía en los procesos de animación, pero que se encuentre bien preparado, que sea apto para desempeñar las funciones del animador.

Ante las opiniones vertidas hasta ahora, podríamos plantear la cuestión: ¿es la de animador una profesión realmente?, y de serlo ¿hasta donde llegan sus atribuciones, sus funciones?, aunque advertimos que la inmensa mayoría no tienen una respuesta general, puesto que dependen de las circunstancias y de cada país en concreto.

La animación es, para muchos, una actividad permanente que les sirve como medio de vida, o sea, hay personas que realizan un trabajo que se denomina animación y por el que reciben una remuneración. Sin embargo, hay otras que realizan así mismo tareas de animación, pero como una actividad voluntaria.

Llegados a este punto, y por deducción, hemos de pensar que si profesional es aquella persona que vive de su trabajo, en ese sentido existiría la profesión de animador, ya que hay gente que vive de la animación. Ahora bien, si se habla de profesión como equivalente a carrera de

animador, es decir, como preparación y profesionalización de agentes para las funciones propias de la animación, ésta como profesión sólo existe en algunos países.

Comúnmente se piensa, acerca del aspecto concreto del trabajo remunerado, que éste tiene una cierta especificidad de funciones y se exigen unas condiciones o requisitos en las personas que se reclutan para estas funciones; en la animación sociocultural esto no está tan claro.

En muchos lugares del mundo, hay miles de personas que llevan a cabo tareas de animación; sin embargo, esto que parece tan diáfano no lo es tanto si pensamos que no existe una clara incorporación o ingreso de estos individuos a un cuerpo profesional denominado *animadores*.

Hemos de admitir que, en muchas ocasiones, realmente son educadores, pedagogos, psicólogos, sociólogos, trabajadores sociales... quienes realizan tareas de animación y su referencia a un cuerpo profesional no es el de «animador» sino el de «maestro», «sociólogo», etc.

Por todo ello, y como Salas (1982) afirma, es necesario que «voluntarios y profesionales existan sin protagonismos, en colaboración y sabiendo que cada uno puede necesitar de la complementariedad que le da el otro».

No debemos olvidar que la animación sociocultural, que se constituye en un proceso de avance colectivo, de articulación organizada, donde los destinatarios son responsables del cambio social y se desarrollan en parcelas y cuotas de participación, no sólo necesita de técnicos, de profesionales que hagan realidad el

marco de desarrollo y desenvolvimiento social, sino también instancias de control, de apropiación, de implicación, etc. (López Noguero, 2001). Por esas aguas deben navegar los animadores voluntarios.

Esta es también la opinión de Barrado (1988: 218), uno de sus más señalados valedores. De hecho él nos señala que:

...Si queremos hacer crecer y fortalecer el tejido social, no podemos primar lo que serían talentos puramente técnicos; el contraste permanente de cómo son percibidas, asumidas e introyectadas las líneas de actuación son un ejercicio necesario para hacer avanzar un proyecto colectivo.

Tengamos, pues, técnicos, muy técnicos, muy buenos profesionales, pero no descuidemos que los elementos de sistematización, planificación, organización y movilización necesitan colectivos no solamente receptores, sino también movilizadores, traductores, ejecutores e interpelantes de nuevas perspectivas de avance.

En suma, somos de la opinión de la progresiva profesionalización del animador sociocultural, pero sin descalificar la figura del animador voluntario, ya que ambos pueden y deben trabajar en equipo, sumando esfuerzos y voluntades.

Bibliografía

- ANDER-EGG, E. (1987): *¿Qué es la Animación Sociocultural?* Buenos Aires: Humanitas.
- BARRADO, J.M. (1988): «Algunos problemas de animación sociocultural y algunas hipótesis de avance». *Documentación Social*, 70, 215-223.
- CODINA, F. (1993): *Apuntes básicos para el animador juvenil*. Zaragoza: Certeza.
- FROUFE, S. y SÁNCHEZ, M.A. (1990): *La Animación Sociocultural. Nuevos enfoques*. Salamanca: Amarú.
- LÓPEZ NOGUERO, F. (1999): «Reflexiones acerca de la formación del animador so-

- ciocultural». *XXI. Revista de Educación*, 18, 133-147.
- LÓPEZ NOGUERO, F. (2001): *La formación del animador sociocultural*. Huelva: @gora.
- MAILLO, A. (1979): *Un método de cambio social. La Animación Sociocultural*. Madrid: Marsiega.
- MONERA, M.L. (1986): «Los animadores socioculturales: su personalidad y su tipología», en QUINTANA, J.M. (coord.): *Fundamentos de Animación Sociocultural*, Madrid: Narcea, 256-275.
- PARIZET, M.J. (1976): «Bénévoles, professionnels et politique de l'animation». *Adrac*, 28, 25-27.
- PÉREZ SERRANO, G. y MARTÍN GONZÁLEZ, M.T. (1992): *La Animación Sociocultural I*. Madrid: UNED.
- POUJOL, G. y DOZOL, A. (1986): *La formation aux carrières socio-éducatives. Institut National d'Éducation Populaire*. París: Marly le Roi.
- PUIG, T. (1988): *Animación Sociocultural, cultura y territorio*. Madrid: Editorial Popular.
- QUINTANA, J.M. (1993): *Los ámbitos profesionales de la Animación*. Madrid: Narcea.
- SALAS, M. (1982): «Distintas concepciones de la animación sociocultural». *Documentación social. Rev. de Estudios Sociales y de Sociología aplicada*, 49.
- SALAS, M. (1989): «La acción cultural para la generación de una conciencia crítica y creativa» Palma de Mallorca: Ajuntament de Palma de Mallorca. (Doc. policopiado).

Dirección del autor:

Fernando López Noguero.

Universidad de Huelva.

E-mail: ferlopez@uhu.es

Fecha de entrada: 27-02-02

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 29 -04 - 02